

JOSE ANTONIO TOVAR



**DOMINGO DE
RESURRECCION**

Capítulo 1: Oscuridad

La fría noche de noviembre envolvía las calles de Wuhan, China, en un manto de silencio. Las luces parpadeantes de los puestos del mercado de pescado de Huanan parecían iluminar tímidamente la oscuridad, mientras los comerciantes se apresuraban a cerrar sus negocios y volver a sus hogares. Nadie sospechaba que, dentro de aquel mercado, entre las aguas turbias y los efluvios de pescado fresco, se estaba gestando una sombra mucho más oscura y siniestra.

En las altas esferas del poder, lejos de las estrechas callejuelas de Wuhan, un grupo secreto de individuos poderosos – que se hacían llamar La Orden del Crepúsculo se reunía en la clandestinidad. Entre ellos destacaba un hombre de mirada fría y gesto impasible, conocido solo como El Maestro. Conocedores de antiguas profecías y secretos milenarios, habían llegado a una conclusión perturbadora: la fecha de la resurrección de los muertos y la segunda venida de Cristo estaba cerca. Decididos a desafiar al mismísimo destino, a echarle un pulso a Dios mismo, trazaron un plan urdido dos años atrás. Un plan diabólico que cambiaría el curso de la historia.

Junto a El Maestro se encontraba su mano derecha, una mujer de belleza enigmática y elegancia implacable llamada Cassandra. Conocida por su astucia y su habilidad para tejer intrincadas conspiraciones, era la mente maestra detrás de la operación. A su lado, un hombre de aspecto sombrío y mirada penetrante, conocido solo como El Científico, trabajaba incansablemente en el laboratorio clandestino donde nació el virus.

El virus mismo era una creación de pesadilla, una amalgama de genes manipulados y codones sintéticos diseñados para atacar el sistema inmunológico humano con ferocidad. Su potencial destructivo era inimaginable, capaz de propagarse a través del aire como un veneno invisible y letal. Pero para que su plan tuviera éxito, necesitaban una cortina de humo, un chivo expiatorio sobre el cual cargar las culpas de su creación.

El mercado de pescado de Huanan se convirtió en el escenario perfecto para el inicio de su macabra obra. Allí, en aquella noche silenciosa y oscura, liberaron el virus en el aire, como un espectro invisible que se deslizaba entre las sombras. La escena estaba preparada meticulosamente: los comerciantes y los clientes, inocentes peones en un juego siniestro, se convirtieron en los primeros portadores del virus, sin saber que estaban sellando su propio destino.

Mientras el mundo celebraba las festividades navideñas con alegría y esperanza, el mal acechaba en las sombras, esperando el momento oportuno para desatar su furia sobre la humanidad. Los poderosos manipuladores, ocultos en las sombras del poder, observaban con satisfacción el caos que se desataba en las calles de Wuhan. Sabían que habían

desencadenado una fuerza imparable, un virus que pronto se propagaría por todo el mundo, sembrando la muerte y el desespero a su paso.

El reloj marcaba el comienzo de una nueva era, una era de oscuridad y desolación. La humanidad, ajena al peligro que se cernía sobre ella, seguía adelante con sus vidas, ignorante del destino que le aguardaba. Y en lo más profundo de la noche, en los rincones más oscuros del mundo, aquellos que se atrevieron a desafiar al mismísimo Creador se regocijaban en su arrogancia, sabiendo que habían desatado un mal que nunca podrían controlar.

Autovía Madrid-Zaragoza, 14 de diciembre de 2019, 19:45 horas P.M.

La tarde cae sobre la autovía que serpentea desde Madrid hacia Zaragoza. El sol pinta el cielo con tonos cálidos mientras el coche avanza con suavidad. En el asiento del conductor, el padre de Claudia, Javier, está concentrado en la carretera, mientras su madre, Elena, disfruta del paisaje que se despliega ante ellos.

Javier (sonríe): “Estoy emocionado por ver a Claudia. Ha logrado tanto desde que se mudó a Zaragoza para trabajar en esa empresa de tecnología”.

Elena (sonríe): “Sí, está creciendo rápido en su carrera. Siempre supe que tenía talento”.

Javier y Elena comparten risas y anécdotas mientras la radio reproduce una melodía alegre. Se sumergen en la comodidad del momento, sabiendo que pronto estarán abrazando a su hija.

Javier (orgullosa): “Deberíamos decirle lo orgullosos que estamos de ella. No es fácil mudarse a una nueva ciudad y trabajar tan duro, además con su problema”.

Elena (afirma): “Sí, tienes razón. Ha luchado mucho y se ha construido una vida increíble a pesar de tantas dificultades”.

Javier mira a Elena con ternura mientras la autovía se desliza bajo las ruedas del coche. La conexión entre ellos es palpable, llena de amor y gratitud por la familia que han construido.

Javier: “Elena, ¿puedes creer lo lejos que ha llegado Claudia en su carrera? Trabajando como programadora en Zaragoza...”

Elena: “Sí, Javier. Estoy tan orgullosa de ella. Zaragoza es afortunada de tener a nuestra hija”.

Claudia había sido una niña feliz, hasta que cumplió cinco años y contrajo la poliomielitis. La niña no estaba vacunada y la enfermedad la atacó sin piedad. Tras varios días de fiebre, dolor de cabeza y malestar general el virus afectó seriamente

a su sistema nervioso y la dejaron postrada con parálisis muscular que afectó a sus piernas, especialmente la izquierda, provocándole una parálisis irreversible en cuestión de horas. Fueron momentos agónicos y unos años siguiente de sufrimiento y lucha.

Ahora, a los veinticinco años, había logrado alcanzar uno de sus sueños: trabajar de programadora de ordenadores. Llevaba un mes viviendo en Zaragoza, donde desde hacía dos meses trabajaba en el Centro de Datos de Microsoft.

A medida que el sol se oculta en el horizonte, Claudia, en Zaragoza, siente la necesidad de conectarse con sus padres. Toma su teléfono y marca su número, esperando escuchar sus voces antes de que lleguen.

La llamada llena el coche con risas y emociones positivas. La familia se conecta a través de la distancia, compartiendo la anticipación de un reencuentro cercano.

Mientras continúan su charla animada, la luz del teléfono en el tablero del coche parpadea, indicando una llamada entrante.

Claudia (a través del teléfono): “¡Hola, mamá, papá! ¿Cómo va el viaje?”

Javier (alegre): “¡Hola, hija! Estamos a unos 50 kilómetros de Zaragoza. Todo va bien, el viaje ha sido tranquilo”.

Claudia (sonríe): “Eso suena genial. No puedo esperar para verlos. ¿Cómo estáis de ánimo?”

Elena (riéndose): “Estamos emocionados, cariño. Y no te preocupes, ¡tu madre está manteniendo a tu padre en la carretera!”

Claudia ríe, disfrutando de la conexión virtual con sus padres. Sin embargo, en ese momento, un estruendo ensordecedor interrumpe la alegre conversación.

Un neumático explota con violencia, desgarrando el aire y provocando un repentino cambio en la atmosfera. El coche de Javier y Elena comienza a tambalearse fuera de control, y el mundo se sume en un caos frenético.

Javier: “¡Elena, agárrate!”

El impacto resonó como un trueno, haciendo que Claudia sintiera que su corazón también se detenía por un momento. La risa alegre se desvaneció en el aire y fue reemplazada por el sonido aterrador de la colisión. El estruendo del neumático explotando cortó la conexión virtual que Claudia compartía con sus padres, sumiéndola en un inquietante silencio.

El repentino caos se desató en el coche de Javier y Elena. El vehículo, antes una burbujeante cápsula de felicidad, ahora se volvía ingobernable, deslizándose fuera de control por la autopista. El mundo exterior se transformó en un torbellino de

luces y sombras, mientras el coche luchaba contra la fuerza del impacto.

Javier (desesperado): "¡Elena, agárrate!" La desesperación en la voz de Javier resonaba en los oídos de Claudia, como un eco persistente que amplificaba el miedo creciente en su interior. La incertidumbre y la ansiedad se apoderaron de ella cuando intentó imaginar la escena que se desarrollaba en la autopista.

El sonido metálico del choque se mezcló con el agudo crujir de la carrocería, una cacofonía caótica que resonaba en el alma de Claudia. Un instante después, la realidad misma pareció desmoronarse cuando el coche de sus padres chocó con brutalidad contra la mediana de la autopista.

El teléfono de Claudia seguía en su mano, pero el silencio que emanaba de él era ensordecedor. El nudo en su estómago se apretó aún más, y una sensación de terror la envolvió como una sombra oscura y helada.

Claudia: "¿¡Mamá, papá!?". Claudia gritó a través del teléfono, como si su voz pudiera atravesar la distancia y llegar a la escena del accidente. Pero la única respuesta que obtuvo fue un silencio implacable que reverberaba en el vacío.

El mundo de Claudia se desmoronó en ese momento. El dispositivo en sus manos, antes un puente virtual entre ellos

se convirtió en un frío recordatorio de la fragilidad de la vida. La realidad se oscureció, dejándola sumida en una profunda incertidumbre mientras luchaba con la posibilidad insoportable de haber perdido a sus padres en un instante catastrófico.

“El Científico” ocupaba su asiento en el Airbus A380-800 de British Airways con destino a Londres. Lo último que hizo antes de embarcar fue enviar un mensaje de Whatsapp a Cassandra: “Pandora”. Era la señal.

Para el 30 de diciembre, habían sido varias las personas ingresadas en hospitales de la ciudad central de Wuhan, con síntomas de neumonía y fiebre alta.

En los servicios de urgencias, los médicos de los distintos hospitales descubrieron que muchos de los casos estaban conectados a un mercado de animales vivos -el mercado de Huanan- y comenzaron a sospechar que no se trataba de una neumonía normal.

Sus sospechas se vieron confirmadas al recibir los resultados de la secuenciación genética: se trataba de un nuevo coronavirus similar al Sars.

Las autoridades sanitarias locales y el Centro para el Control de Enfermedades (CDC) decidieron mantener el hermetismo. Nada se hizo público, a pesar de que en ese momento las

estimaciones apuntaban a entre 2.500 y 4.000 personas infectadas-

El equipo del MOBS Lab en la Northeastern University de Boston ya estaba trabajando en el desarrollo de un modelo de estimación y otro elemento parecía señalar la gravedad de la situación. El número de casos se duplicaba cada muy pocos días.

Zaragoza, 24 de diciembre de 2019, 23:05 horas P.M. Nochebuena.

Han pasado dos semanas. La habitación de Claudia está sumida en la penumbra. El suave resplandor de una pequeña lámpara ilumina el rostro apesadumbrado de Claudia mientras observa con melancolía las fotografías de sus padres que posan junto a ella en el día de su graduación. El ambiente está cargado de un silencio pesado, solo interrumpido por el susurro de la noche.

Claudia (hablando para sí misma): ¿Cómo es posible que hayan desaparecido de mi vida de esta manera?

La nostalgia flota en el aire mientras sus ojos se pierden en los recuerdos congelados en las fotografías que conserva en

su móvil. El aviso de la entrada de un mensaje de Whatsapp provoca en Claudia un pequeño sobresalto.

Hola Claudia, ¿cómo te encuentras?

Es Carlos, un compañero de estudios que se encontraba trabajando en USA. Era uno de los más brillantes del grupo y había logrado una beca remunerada para formarse en OpenAI, una empresa de investigación y despliegue de inteligencia artificial.

Hola Carlos, bueno, te puedes imaginar.

Si que imagino, te conozco y sé que estás sufriendo mucho.

Además, aquí encerrada no hago más que darle vuelta a la cabeza... paso el día entre el trabajo y Google... buscando respuestas...

Qué estás buscando???

Es una tontería, supongo, pero no me resigno a no volver a ver a mis padres... y estaba buscando... cosas... relativas al más allá, a la vida eterna... a la resurrección de los muertos...

Guau, Claudia, así estamos?



Es lo único que ahora me consuela... pero no encuentro nada... busco, abro cosas, leo... pero no encuentro nada...

Durante unos segundos se hace el silencio entre ambos.
Carlos... escribiendo... Carlos escribiendo....

Querida, se me está ocurriendo una maldad.
Espero que no me cacen... Estamos trabajando ahora en un proyecto de IA que acelera cualquier búsqueda. Además, puedes llevar una conversación. La IA buscará por ti todo lo que le digas. Está en pruebas, pero muy avanzada. Te voy a enviar un enlace. Lo único que te pido es que te conectes a un servidor VPN, así cambiará tu dirección IP y el tráfico de datos en tu ordenador se cifrará.

Los ojos de Claudia se concentraron en el mensaje y sin dudarlo, contestó:

Carlos... eso es lo que necesito... haré todo en oculto, sabemos de máquinas, no podrán detectarme...

Pues ahí van las claves... después borramos la conversación. Besos y ya me contarás...  

Besos Carlos y gracias... 

Claudia enciende su ordenador y su rostro se ilumina con una luz azulada y fría. La pantalla muestra la interfaz de la inteligencia artificial, CHAT GPT. Con ojos cansados, Claudia se *logea*.